

VII

Desde Enero del corriente año se publica en Barranquilla (Colombia) una revista mensual, que se titula *Revista Azul*.

Pero más propiamente se titularía *Revista Verde* ó *Revista Colorada*; porque de azul no tiene más que los forros, mientras que de *verde* ó de *colorado*, como antes se decía, suele tener mucho allá por dentro.

Tengo delante el número 3.º, abierto por donde hay una composición titulada *Orquestal*, que lleva al pie la firma de Antonio G. Rodríguez, muy señor mío y tocayo de nombre como Cánovas, y debajo de esta firma, entre paréntesis, el adjetivo *colombiano*.

Bueno. Vamos á ver cómo es la *Orquestal*. El título promete... cualquier extravagancia. Y la composición empieza á cumplir la promesa del título en esta forma:

«Es noche de sonrisas voluptuosas...»

¡Ya pareció la voluptuosidad!

Nada... que estos americanitos creen buena-mente que la voluptuosidad es la poesía, y *voluptuosean* que es un portento.

Y luego, como quiera que hasta los maestros, vamos, los que entre ellos pasan por maes-tros, verbigracia, don Calixto Oyuela, ponde-ran la voluptuosidad de tales ó cuales versos como mérito sobresaliente, y hablan de ella como requisito casi esencial de la poesía... ¡va-yan ustedes á sacarles de la cabeza á aquellos pobres muchachos la idea de que los versos se-rán tanto mejores cuanto más voluptuosos!...

Sigamos la *Orquestal*:

«Es noche de sonrisas voluptuosas,
De alegrías, delirios y sorpresas...»

Juerguecita tenemos, ¿eh?...
Y con sorpresas y todo...

«En los cabellos encendidas rosas
Y en los labios suspiros y promesas...»

Es claro: ya decía yo que el título *prometía*.
Adelante:

«Las diosas-ninfas...»

¡Hombre! ¿Y quiénes son las diosas-nin-fas?... En fin, allá lo veremos.

«Las diosas-ninfas, las sultanas bellas

(Mucha gente va usted reuniendo.)

Iluminan sus clásicos semblantes...»

¿Clásicos precisamente?... Bueno: la verdad es que para llenar el verso habían de ser al-guna cosa; y no pudiendo ser *románticos*, por-que esta palabra llenaba demasiado, resulta-ron clásicos.

Para el caso es lo mismo.

«Las diosas-ninfas, las sultanas bellas
Iluminan sus clásicos semblantes
Con destellos de lámparas radiantes...»

¡Naturalmente, hombre! Las lámparas te-nían que ser radiantes, lo uno porque no po-dían menos de serlo, á no ser que estuvieran apagadas, como aquella luz que vió don Víctor Balaguer; y lo otro porque le hacía á usted falta que lo fueran para aconsonantar con los *semblantes*.

Clásicos ó románticos, que esto lo mismo daba.

Quedamos en que las lámparas eran radian-tes, y vamos á seguir.

«Con destellos de lámparas radiantes
Que brillan...»

Sí, hombre, sí. Siendo lámparas... y, por supuesto, radiantes... ¿qué remedio tienen

más que brillar?... Eso por sabido se calla, ó debe callarse.

Sólo que si fuera usted á callar en sus versos todo lo sabido, le quedaría á usted muy poco que decir, muy poco.

Bueno. «Las diosas-ninfas, las sultanas bellas, iluminan sus clásicos semblantes con destellos de lámparas radiantes que brillan...»

A ver qué más:

«Con destellos de lámparas radiantes
Que brillan como brillan las estrellas...»

Es claro. Un poco menos, pero en sustancia lo mismo: como brillan todos los cuerpos luminosos.

Por lo cual tampoco eso hacía falta decirlo. Y sigue:

«Y sigue y sigue...»

Bueno, siga usted y siga:

Y sigue y sigue la voluble danza...»

¡Ah! ¿Con que lo que *y sigue y sigue* es la danza voluble?...

¡Pero, hombre, si no había empezado!

A lo menos usted no nos había dicho que hubiera empezado la danza.

No nos había usted dicho sino que era noche de sonrisas... voluptuosas, por supuesto;

noche de sorpresas y... demás; que había en los cabellos rosas encendidas; que las diosas-ninfas iluminaban sus semblantes, clásicos, por añadidura, con destellos de lámparas radiantes, que brillaban, etc.; pero del baile no nos había usted dicho una palabra.

Se conoce que ha querido usted cumplirnos el anuncio de que habría sorpresas.

Por eso, sin duda, no nos ha anunciado usted el comienzo de la danza, hasta que en un momento dado nos dice que *y sigue y sigue...*

Pues que siga:

«Y siguié y sigue la voluble danza
Con vértigos de amor...»

¡Malo! Eso ya va malo; porque una danza con vértigos de esos, aunque no fuera voluble, sería peligrosa, cuanto más siendo, como usted dice que es, voluble...

«Y sigue y sigue la voluble danza
Con vértigos de amor... Venus sonrie...»

¡Valiente bribona! Si lo creo que sonreirá. Como que se está burlando de ustedes los poetas ultra-eróticos.

«Y sigue y sigue la voluble danza
Con vértigos de amor... Venus sonrie
Repleta de pasión y de esperanza...»

Repleta... Repleta...

¡Ya, ya! ¡Para que no se sonría Venus! ¡Y se reirá y todo á carcajadas de esos adjetivos de figón barato!...

Si hubiera usted dicho siquiera *hinchida*, no estaría tan mal. ¡Pero *repleta!*...

Adelante:

«Hienden el aire *crystalinas* notas
Que van cayendo como *ardientes* gotas...
(¿De plomo derretido?...
Tanto no, pero es algo parecido)
De elixir de pasión *sobre los senos...*»

¡Gotas de elixir de pasión!... ¡Y sobre los senos!

Los senos... ¡Cualquiera sabe si son trigonométricos ó... centenométricos!...

A ver algo más:

«El viento, trovador de los pinares...»

¿Y qué tiene que hacer en una orgía dentro de poblado ese trovador?...

«El viento, trovador de los pinares,
Va derramando aromas y cantares
En los espacios *limpios y serenos...*»

¿Y qué espacios son esos, si se puede saber? No serán los espacios en donde se desarrolla la orgía, porque éstos ni son serenos ni son limpios.

Y si son otros, por ejemplo, los espacios imaginarios, ¿qué tenían que hacer aquí?... Lo mismo que el *viento trovador (to-tro)* de los pinares: ayudar á llenar tres versos.

Otro golpe:

«Como un torrente de *divina* sangre,
El vino corre por las amplias mesas...»

¿Por qué compara usted con un torrente de *divina* sangre el vino asqueroso de la *juerga?*

¿Es por blasfemar de la divina sangre de nuestro Redentor Jesucristo, en la cual se convierte el vino en el augusto sacrificio de la Misa?

¿O es que se le ocurrió á usted comparar el vino sencillamente con sangre, y á ésta la puso usted el adjetivo *divina* por ponerla alguno?...

La caridad me inclina á creer que no haya habido en usted intención de blasfemia, por más que la blasfemia material resulte.

Esas son, estimado tocayo, las consecuencias de ponerse á escribir versos *orquestrales*, allá al *vultum tuum*, ó á salga lo que saliere.

Siga usted:

«Y los *rubios* cantores, cuál se embriagan...»

Y ¿por qué habían de ser precisamente *rubios?*...

Adelante, adelante:

«Ya languidece la opulenta orgia...»

¡Vamos! ¡Gracias á Dios! Ya va usted á concluir, en gracia de lo cual le perdono á usted que haya llamado á la orgía opulenta.

«Ya languidece la opulenta orgia,
Ya se cubren los senos con los chales;
Como un viejo sultán llégase el día
Derramando zafiros y corales...»
(¡Jesús! ¡Qué despúlfarro en joyería!)

¿Y por qué compara usted al día con un viejo sultán?... Porque quiere usted, me parece á mí.

Pero si es por eso, lo mismo podía usted compararle con López Domínguez ó con Ségismundo, no el de *La vida es sueño*, sino el de «la vida es presupuesto», es decir, Moret y Prendergast.

¡Ea! Acabe usted. Llego el día y...

«Todo queda en silencio...»

Al revés. Cuando llega el día es cuando nada queda en silencio y todo se vuelve ruido. Bostezan los serenos con el deseo de echar la parva, se ríen los arroyos con la brisa del amanecer, cantan la alborada los pajarillos,

tocan la diana los soldados, y suenan por las calles las esquilas de las burras de leche...

¿No hay burras de leche en Colombia?

Creeré que sí, mientras no me conste lo contrario.

Porque esa lubricidad vocinglera, esa exuberancia de voluptuosidad, esa desmedida inclinación á lo *verde* que se observa en la mayor parte de los postas americanos, apenas puede provenir de otra causa, en opinión de un médico amigo mío, que del abuso de la leche de burra.

Hoy es cosa puesta fuera de discusión que el sér lactante transmite sus cualidades al sér lactado, y que, al comunicarle el desarrollo físico, le comunica sus aficiones, su temperamento.

Por eso todas las madres que aman á sus hijos así, una cosa regular, no tanto como se necesita para hacer el sacrificio de criarlos á sus pechos, pero siquiera lo suficiente para no echarlos al torno de la Inclusa, todas procuran buscarles una nodriza de buenas costumbres.

Y bien se explica; pues dicen que se han dado en esta materia casos maravillosos.

El médico aludido anteriormente me ha contado que cuando él estudiaba latín, tenía un condiscípulo que, si le acosaban los otros en sus juegos de rapaces, en lugar de defenderse con las manos ó dándoles cachetes, sa

defendía de ellos con la cabeza, dándoles mochadas.

Averiguados los antecedentes del chico, resultó que era hijo de un pastor de ganado trashumante, y se había criado bebiendo cuernas de suero.

En otra ocasión, siendo ya médico, fué llamado á casa de un coronel de la reserva para curar á éste unos arañazos terribles que le había dado su mujer en la cara.

Se informó de los antecedentes, y resultaba que la coronela había mamado á la nieta de un escribano.

Pues otra vez, en una tertulia de un villorrio, oyó rebuznar al juez de primera instancia con una perfección admirable, y ya no creyó necesario entrar en averiguaciones.

Siga el Sr. Rodríguez:

«Todo queda en silencio, que ha pasado
La noche de sonrisas voluptuosas,
De alegrías, delirios y sorpresas,
La noche de las *dalias* y las rosas...»

Como notará el lector, estamos haciendo el retornelo; pero se ha introducido en él un elemento nuevo: las *dalias*.

Las cuales han apagado el incendio de las rosas, ó lo que viene á ser lo mismo, han quitado á estas últimas de ser encendidas como antes.

Y además, han desaparecido los cabellos, en donde estaban las rosas encendidas.

Porque, naturalmente, como solía decir *La Correspondencia*, entrando la noche en el verso, y además las *dalias*, ya no había sitio para los cabellos ni espacio para encender las rosas. Quedábamos en que era

«La noche de las *dalias* y las rosas...»

Y hay que añadir que era también la noche

«De los besos, suspiros y promesas...»

Otro elemento nuevo: los besos.

¡Ya me extrañaba á mí que no hubiera besos en una composición *poética* de los trópicos!

¡Cómo habían de faltar!

Versos americanos sin besos casi no se usan.

Tratándose de manjares insípidos y de estómagos anémicos, no puede prescindirse de la mostaza.